

---

# **Estaba de Más...**

**Federico Gana**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7504**

---

**Título:** Estaba de Más...

**Autor:** Federico Gana

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 29 de junio de 2022

**Fecha de modificación:** 29 de junio de 2022

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Estaba de Más...

*(Apuntes de un muchacho)*

Un pequeño ruido que sentí me despertó, mas no por completo, y me hizo pasar del profundo sopor en que me hallaba sumergido, a una agradable somnolencia.

Todo lo veía como a través de una gasa vaporosa: el ancho rayo de sol que se filtraba por los vidrios de mi ventana, las siluetas de los muebles, el color abirragado del papel de la pieza, el gran cuadro al óleo que representaba a nuestro santo popular, fray Andrés, que la mano piadosa de mi madre colocara frente a mi cama, a manera de ejemplo plástico para mi cumplida conversión al catolicismo apostólico y romano, el gato negro que se restregaba con voluptuosidad contra las patas del catre, roncando dulcemente, y que era el matutino visitante que me había despertado abriéndome la ventana.

Con ese dulce semisueño dejaba yo transcurrir el tiempo; buscaba mil cosas agradables y confusas.

De pronto, vi que la puerta movíase con suavidad, y me pareció, en seguida, escuchar un ruido sobre la alfombra: eran unos pasos vacilantes que yo conocía muy bien.

Mis ojos nublados de sueño, vieron entonces a la vieja Micaela, que avanzaba trabajosamente encorvada, con la cabeza hundida en los hombros, apoyándose en su bastón, hacia una silla que había a los pies de mi lecho. En sus manos traía algo así como un papel o pequeño envoltorio que no pude distinguir con claridad.

Se sentó pesadamente en una silla, dejó a un lado su bastón, apoyó los codos en las rodillas y la barba entre las manos, y así permaneció inmóvil, contemplándose en silencio.

¡Pobre vieja! Desde que saliera de sus brazos cuando era pequeño, nunca olvidó de venir a visitarme a la hora que yo despertaba. Allí se quedaba largo rato, embelesada, velando mi sueño tranquilo de adolescente, y yo, al mirar aquel pobre rostro arrugado y marchito, destacándose del marco de plata de la blanca cabellera, sentía elevarse del fondo de mi memoria recuerdos, cosas borrosas, lejanas.

Esta mujer era una crónica doméstica viviente de nuestra corta familia. No sé por qué recordé esa mañana una prueba de su afecto a todos nosotros, que mi imaginación me representaba con extraña claridad.

Tenía un hijo de un matrimonio contraído en la juventud. Murió el marido y quedó ella con el único hijo. El muchacho creció travieso, perezoso, calavera. Un día se fugó de la casa. Pasaron muchos años sin que de él se tuviese noticia alguna. En cierta ocasión apareció repentinamente. ¡Qué inmensa fue la alegría de la anciana!

Al muchacho, en la dura lucha por la vida que llevara, se le había asentado el seso: traía hábitos de trabajo; sus negocios marchaban bien; no se había casado y venía a ofrecer a su madre una casa, una posición desahogada, modesta sí, pero más tranquila, como la que sus años y achaques reclamaban.

Mi madre lloraba pensando en la separación; el hijo —me parecía verlo— permanecía cohibido, sentado en la punta de una silla, dándole vueltas a su sombrero, con la cabeza inclinada, y repitiendo a media voz:

—Usted lo verá, madre; yo seré su apoyo, la casa de su hijo es la suya... Usted no tendrá nada que trabajar —y la viejecita callaba, indecisa, con los ojos llenos de lágrimas.

La puerta se abrió y entró la pequeña Matilde; observó la

seriedad de todos y murmuró:

—¿Qué tienes, Ita? ¿Por qué lloras?

Mi madre le replicó:

—Quiere irse de la casa, Matilde.

Al escuchar estas palabras, la niña se estrechó con fuerzas contra las rodillas de la anciana, y tirándola del vestido, como si temiese que se fuese a escapar, le dijo:

—Ita, no te vayas! ¡Yo no quiero!

La Micaela paseó por todos nosotros la mirada de sus ojos azorados, como demandando protección contra la orden formulada por esos labios infantiles. Después se inclinó a tomar entre sus brazos trémulos al cuerpecillo que se oprimía contra ella, confundió su cabellera blanca con los bucles rubios de la niña, y exclamó, dirigiéndose a su hijo:

—Andrés, yo no puedo irme. Tantos años en esta casa. Esta niña Ya lo ves.... —Y guardó silencio.

Poco tiempo después, aquel hijo murió de viruela.

En tanto que estos recuerdos venían a mi memoria, la Micaela permanecía inmóvil en su asiento.

Por fin abrí los ojos, completamente despierto.

En el rostro de la Micaela reflejábase una angustia infinita; sus ojos marchitos, animados por un fuego sombrío, estaban secos, fijos, inmóviles. Al ver que yo estaba despierto, se acercó a mi cabecera, y tratando de sonreír, me dijo con una voz misteriosa:

—Oyeme... Ya no vendré a verte más. Ya me voy... Esta es la última vez.

—¡Cómo! ¿Por qué te vas? —le dije sorprendido.

Entonces ella, acercando su rostro al mío, dirigiendo miradas escrutadoras por toda la habitación, prosiguió:

—Escucha, pero no se lo digas a nadie, porque no quiero que haya disgustos en la casa. La culpa la tiene tu madrastra, esa mujer que se ha venido a hacer dueña de todo en la casa. Dice que soy una vieja chismosa e inútil, que no sirvo para nada, y tu padre, que no ve sino por sus ojos, me echa también como un perro. Me echan porque soy vieja, porque estoy enferma y ya no puedo trabajar. Me botan a la calle como una basura, a mí, que crié a tu madre, que los he visto crecer a todos. Dicen que en el hospicio se pasa muy bien; pero en el cementerio se pasa mejor, porque, yo lo sé, esto me ha muerto... ¡Me han muerto!

Y sin alientos para proseguir, apoyó, próxima a desfallecer, su rugosa mano en el borde de mi lecho, e inclinando su rostro bañado en lágrimas, permaneció un instante agitando su cabeza blanca.

Después continuó:

Aquí te traía algo —y de debajo de su raído pañuelo sacó el objeto que yo no había podido distinguir cuando entrara, y me lo pasó precipitadamente.

No era aquello una cosa de valor: era una manchada, rota y vieja estampa, de ésas que en nuestros portales se venden a diez centavos y representan a una Virgen del Carmen, rodeada de una panoplia de cañones amarillos y de espadas verdes.

—Tú que eres en la casa el único que no me aborrece... acuérdate —terminó pasándome la imagen.

No pudo continuar. La voz se le ahogó en la garganta, y así permaneció un instante, moviendo convulsivamente los labios, de los que no se escapaba sonido alguno. De pronto, se lanzó sobre mi y me estrechó con fuerza entre sus brazos

temblorosos.

Después se alejó temblando, olvidada del bastón, apoyándose en los muebles. Un instante después, escuché el ruido de un coche que se alejaba. Era ella que partía para el hospicio.

Muchas veces a la hora en que despierto, me ha parecido ver dibujarse, entre la bruma confusa que se extiende ante mis ojos cargados de sueño, un dulce rostro de anciana que me sonrío con ternura; pero todo no es sino una ilusión de mis recuerdos, pues la buena viejecita hace ya muchos años que reposa para siempre de males y de ingratitudes.

## Federico Gana



Federico Gana Gana (Santiago de Chile, 15 de enero de 1867 – Ibídem, 22 de abril de 1926) fue un escritor y diplomático chileno.

Hijo mayor de Federico Gana Munizaga y Rosario Gana Castro,<sup>1</sup> primos hermanos entre sí y descendientes de Alberto Blest Gana. Inició sus estudios secundarios en el Liceo de Linares en 1878, donde cursó el primer año.

Continuó y finalizó su preparación secundaria en el Instituto Nacional. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Chile en 1890, pero ejerció por muy poco tiempo.

Vivió principalmente en Santiago y en San Bernardo. En octubre de 1890 apareció su primera publicación en el semanario La Actualidad, el cuento "¡Pobre vieja!", que firmó con el seudónimo Pedro Simple. A fines de ese año fue nombrado Segundo Secretario de la Legación Chilena en Londres, cargo que dejó con la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda. Regreso a Chile, en 1892.

En marzo de 1894, apareció otro cuento, "Por un perro", que más tarde tituló "Un carácter". En julio de 1897, La Revista Literaria publicó el relato "Una mañana de invierno", conocido luego como "La Maiga", con el que comienza la corriente de criollismo rural en el país. En 1903 se casó con Blanca Subercaseux del Río, con quien tuvo seis hijos. Este mismo año participó, junto a su amigo Baldomero Lillo, en un concurso literario organizado por la Revista Católica, con los cuentos "La señora", "En las montañas", y "La Maiga".

Colaboró en Zig-Zag desde 1906. En esta revista comenzó su publicación de sus Manchas de color en 1914. Una gran cantidad de páginas suyas circularon en diversas publicaciones periódicas, como La Revista Nueva, Sucesos, Silueta Magazine, El Mercurio, La Nación, Atenea, Las Últimas Noticias.

Los estudios sobre el cuento chileno y su evolución, ha establecido categóricamente que Federico Gana es el auténtico descubridor del campo chileno como tema de este género narrativo. Surgido en el ambiente modernista de fines del siglo XIX, sus cuentos juveniles revelan una natural vacilación entre esa tendencia subjetiva y evanescente que causó el modernismo en sus inicios y la utilización de los motivos concretos que ofrecía la naturaleza del país.